

El paro y el equilibrio de la Economía

Algunas veces he comentado el singular éxito que, desde la aparición de la *Teoría General* en 1936, han alcanzado las doctrinas keynesistas. Ni Ricardo, ni Marshall, ni el propio Adam Smith pueden vanagloriarse de un éxito tan rápido, lo cual se explica en parte por la intensa preocupación de la época por los atosigantes problemas que la atormentan y por la mayor difusión de los estudios económicos, pero tan rápida boga no deja de ser inquietante, pues no suele acompañar a las ideas que luego se muestran sólidas y perdurables.

Un reciente libro con el sugestivo título de *La Nueva Economía* (1) se propone fijar el estado actual de esa doctrina y hacer el inventario, algo prematuro sin duda según el propio autor reconoce, de lo que a la hora actual pueden considerarse puntos consolidados de la doctrina del maestro o promesas ciertas de futuros resultados. Dentro de su carácter de panegírico del difunto economista, el libro contiene elogios y críticas, artículos de encendida apología de discípulos fieles, trabajos del propio Keynes aclarando sus doctrinas, y ensayos críticos. A su director y principal colaborador, el profesor de Harvard, Seymour E. Harris, se debe uno de los capítulos que se pueden considerar entre los más representativos de la obra; se titula: *¿Qué queda de la Teoría General diez años después?* Y lo que queda, a juicio del citado profesor, son estos cuatro puntos: la tesis del des-

equilibrio en la desocupación, la nueva concepción de las relaciones entre salarios y ocupación, la teoría del interés y de la eficiencia marginal del capital y, finalmente, la idea de la propensión a consumir y del multiplicador.

El equilibrio en la desocupación es cosa que cuesta de admitir. Pugna tanto con las nociones lógicas y de sentido común que haya una razón natural y fatal para que el hombre no pueda trabajar queriendo y necesitando ganar honradamente su sustento y el de su prole, es tan extraño que éste sea un problema insoluble, mientras se reconoce que todo cuanto el hombre apetece y le falta son cosas que el trabajo puede procurar, que una explicación de esta enorme paradoja hace falta. Pero decir que es una fatalidad de la Economía compatible con un estado de equilibrio, apenas si sacia nuestra ansiedad de esclarecimiento. Se hace penoso aceptar que una causa de tan profundo desequilibrio social, que puede decirse que es el mal que está corroyendo la moral de los hombres y la estabilidad de nuestras instituciones, que está causando el descrédito de nuestro régimen económico y comprometiendo nuestra propia civilización, pueda compaginarse con un estado de verdadero equilibrio.

Imagínese lo que, en relación con nuestra situación actual, sería otra en que los hombres encontrasen fácil ocupación para sus energías laboriosas, una situación en que no estando desequilibrado el mercado de trabajo por un exceso de la oferta sobre la demanda, el trabajador pudiera obtener por las propias leyes del mercado una recompensa adecuada, sin luchas sociales, sin sindicatos de combate, sin pugnas contra los patronos y entre los propios obreros por desavenencia acerca de sus intereses y tácticas profesionales, sin rivalidades gremiales resultantes de que las reivindicaciones alcanzadas por los unos, elevando los costes de los artículos de consumo, merman el salario real de los demás. ¿Se puede considerar como una situación de equilibrio un estado completamente opuesto a semejante estado ideal?

Ha tenido Keynes el mérito de haber llamado la atención sobre un problema tan inabordable para las ideas consagradas, que los economistas teóricos pasaban sobre él como sobre ascuas. Con su autoridad, el economista inglés más famoso de nuestros días, lo ha traído al primer plano de la teoría, cual corresponde a lo que ocupa tan destacado lugar en las preocupaciones prácticas de orden social y político. Supusieron erróneamente los economistas clásicos que el régimen económico tendía al pleno empleo, con aquella visión optimista de Juan Bautista Say de que toda nueva aportación al mercado crea demanda para todas las demás aportaciones, optimismo que los hechos desmienten y que la lógica rechaza porque prescinde del hecho básico de ser el dinero el indispensable intermediario de todas las demandas. Desechado ese error, Keynes ha optado por suponer que el equilibrio

(1) *The New Economics* (Keynes Influence on Theory and Public Policy) Dennis Dobson LTD Londres.

de la economía es compatible con la desocupación parcial, en vez de postular una causa fundamental de desequilibrio en el sistema. Y para justificar tan singular opinión, idea un complicado mecanismo en que las piezas de la economía clásica sufren una transposición.

Creía ésta que el paro era un signo de que los salarios estaban muy altos y que su descenso sería un medio de absorber a los desocupados. Keynes lo niega. Su razonamiento sintetizado en sus argumentos más plausibles es éste: la baja de los salarios puede favorecer de momento el empleo de algunos brazos, pero como la capacidad de absorción para los productos depende de la demanda del mercado, y esa demanda depende a su vez de los medios con que los compradores cuentan, es decir, de los ingresos que perciben, la reducción de los salarios y en general de las retribuciones mengua la demanda y acentúa la superproducción, causa inmediata del paro.

El argumento no deja de tener fuerza y valor. Ya Ford decía que pagar altos salarios a sus obreros era el medio de poder producir en gran escala, pues permite a la industria crearse a sus propios consumidores. Reducir a una pequeña pléyade de privilegiados de la fortuna el consumo de los artículos de lujo, que son de lujo por esto, es limitar las posibilidades de la producción; y como la producción en pequeña escala es costosa, se gira dentro de un círculo vicioso que no hay medio de romper. ¿Ha logrado Keynes resolver el problema desde el punto de vista científico de la teoría y desde el práctico de la política, dando un medio de subsanar el mal?

Sus entusiastas partidarios lo pretenden, pero la cosa no está nada clara, y esto lo reconocen los menos sectarios. Keynes se vió influido decisivamente por la gran crisis de 1929 y sus efectos subsiguientes. Si el razonamiento precedente es fuerte, no es menos cierto que hay hechos prácticos que en cierto modo lo contradicen. La rigidez de los salarios a causa de los contratos de trabajo, de la solidaridad de los trabajadores y de los grandes cambios que han sobrevenido en los últimos 50 años en las relaciones entre empleadores y empleados, ha agudizado mucho indudablemente el problema del paro. Y se comprende. Cuando sobreviene una crisis y una caída de precios tan profunda como la ocurrida en el periodo 1928-33, en que algunos productos llegaron a bajar a la tercera parte de su valor de unos años antes, si los salarios nominales muestran una tenaz resistencia a reducirse, de hecho suben los salarios reales, y la cosa no sería de lamentar si la producción pudiera proseguir a pesar de todo. Evidentemente no es así, porque los precios bajos de los productos no permiten pagar tales salarios, sin pérdidas considerables que hacen preferible interrumpir la producción so pena de quiebra de la empresa.

De modo que si la disminución de poder adquisitivo de los trabajadores limita automáticamente la capacidad de absorción del mercado y de rechazo las oportunidades de producir y colocar la producción, su aumento sobre las posibilidades de las empresas arruina a éstas y, quiérase o no reduce la ocupación. Entre este Scilla y Caribdis se

debate la industria, y lo que hay que explicar es la causa de esta tenaza que ahoga la actividad económica o por lo menos la mantiene muy por bajo de sus posibilidades. No es explicarnos nada, decirnos como nos dice Keynes, que el deseo de los hombres de tener más dinero del que hay disponible (preferencia de liquidez) eleva el precio de éste (interés) e impide de este modo que se forme más capital y por consiguiente se ahorre más. Siempre se había creído que el premio al capital era un estímulo a ahorrar más y a satisfacer así más ampliamente las necesidades de capitalización. Esta inversión de conceptos respecto de lo que el sentido común ha admitido siempre, en vez de satisfacer nuestra natural ansia de explicación, nos crea una nueva paradoja que deja nuestro ánimo suspenso.

La observación del efecto recurrente de las bajas de salarios por efecto del paro y de la natural competencia del trabajo por obtener ocupación no es nueva. Por lo menos la había yo señalado en 1916 como el resultado inmediato de las crisis y causa a su vez de que la depresión se adense. Mas tampoco hay que descuidar el papel que las alzas de salarios reales desempeñan en las fluctuaciones industriales. El análisis parcial del primer fenómeno fué lo que llevó a Marx a predecir la ruina del capitalismo por consecuencia de sus propias contradicciones, y la contradicción se halla principalmente entre sus tendencias técnicas a expansionar la producción y ese estrechamiento de los mercados en virtud del cual la industria ve cerradas sus posibilidades comerciales de expansión. Esto es un hecho notorio, mas no tan simple como Marx y Keynes pretenden. Y desde luego no es un hecho estático, un fenómeno de equilibrio sino un estado de persistente desequilibrio que se revela en la inestabilidad económica y social. En este punto se hallaba en posición más racional Marx, al ver en ello una anomalía funcional que amenazaba al sistema, que Keynes al compaginarlo con una pretendida estabilidad y equilibrio.

Marx preconizaba la dictadura económica y política para enmendar el mal. Keynes, fiel doctrinalmente al sistema de libertad, recomienda intervenciones limitadas, sobre cuyo alcance y sentido sus discípulos no acaban de obtener claridad y acuerdo. Pero surge la duda de si esa intervención limitada será posible mantenerla en los límites previstos. La intervención sabemos cuando empieza, pero no cuándo acaba; las dificultades con que se choca en cada intervención traen otras intervenciones de la mano. Al principio parece obedecer a una necesidad transitoria, mas nunca llega el momento de interrumpirla y, al contrario, surge constantemente la necesidad de dar una vuelta más al tornillo. ¿No vendremos por este camino a caer también inintencionalmente en un comunismo? Y luego, alrededor de la intervención se crean intereses, la gente se *instala* en ella, se acomoda, y todo esto son fuerzas que se oponen ya para siempre a la obra liberadora, que exigirá, el día que la Humanidad se canse, una terrible revolución contra tales fuerzas retardatarias.